LA JUNTA SUPREMA

DEL REYNO

Á LA NACION ESPAÑOLA.

ESPAÑOLES:

Nuestros enemigos anuncian como positiva su paz en Alemania, y las circunstancias que acompañan á esta noticia la dan un carácter de certeza, que dexa poco ó ningun lugar á la duda. Ya nos amagan con los poderosos refuerzos que suponen marchando para consumar nuestra ruina; ya fieros y soberbios con el aspecto favorable que han tomado para ellos las cosas del septentrion, se atreven á llamar á nuestro pecho para ver si hay en él entrada á la vileza; y pérfidamente humanos nos exhortan á que nos salvemos recurriendo á la clemencia del vencedor, y doblando la garganta á su coyunda.

¡Insolencia de hombres nunca vista; descaro sin igual, que no hallará crédito en la posteridad á despecho de los monumentos públicos que llegarán hasta ella! Osan todavía esos bárbaros imputarnos los males que sufre esta region por su agresion escandalosa, y nos hacen responsables de los que nuevamente van á caer sobre ella, si prolongamos nuestra resistencia. ¿Mas de quando acá se acusa á las víctimas inocentes

de la ferocidad con que el sacrificador inhumano las martiriza? Muy pronto han olvidado estos declamadores quando entraron sus exércitos en España, como entraron, que puestos ocuparon, qual fué la señal de combate que dieron, y toda esa série de atrocidades gratuitas y sin exemplo que han cometido con nosotros. Ellos piensan que porque en sus corazones degradados no hay mas que villanía quando son débiles, y atrocidad quando fuertes, los ánimos españoles decaerán de sus justas y altas esperanzas porque les falte aquel apoyo. ¿Quién les ha dicho que nuestra virtud es de tan pocos quilates? ¿Nos pone la fortuna obstáculos mayores? Redoblarémos nuestros esfuerzos. ¿Hay mas trabajos y mas peligros? Adquirirémos mas gloria.

No, siervos de Bonaparte, no perdais el tiempo en vanas sofisterías, que ya no engañan á nadie. Decid francamente, querémos ser los mas iniquos de los hombres, porque creemos ser los mas fuertes: este lenguage, aunque bárbaro, es consiguiente y se entiende: mas no intenteis persuadirnos, que el olvido de los derechos propios es saber, y la cobardía prudencia. Puesto que vuestra perversidad nos ha puesto entre la ignominia y la muerte, ¿que quereis que una nacion magnánima resuelva, sino defenderse hasta morir, primero que consentir en una sumision tan afrentosa? Robad, matad, talad y destruid: veinte meses ha que estais haciendo lo mismo. ¿Con qué fruto? Vosotros lo sabeis: lo saben las Provincias que ocupais, donde á proporcion de las plagas que derramais sobre ellas crece la aversion insuperable con que os miran, el rencor ven-

gativo y eterno que á cada momento os juran.

¡Ceder! ¿Saben bien esos sofistas lo que aconsejan al pueblo mas pundonoroso de la tierra? Mengua fuera sin exemplo en los anales de nuestra historia, que despues de tan admirables esfuerzos y de sucesos tan increibles, cayésemos á los pies del Esclavo coronado que Bonaparte nos envia por Rey. ¿Y para qué? Para que desde el seno de sus festines impíos, de entre los rufianes viles que le adulan, y de las inmundas prostitutas que le acompañan, señale con el dedo los templos que se han de abrasar, las heredades que han de repartirse entre sus odiosos satélites, las vírgenes y matronas que han de llevarse á su serrallo, los jóvenes que se han de enviar en tributo al Minotáuro frances. No ha nacido, no, para mandarnos este hombre impotente y nulo, que se dexa apellidar filósofo, y consiente que á su nombre y á su vista se cometan tan inauditas atrocidades; que pretende sin pudor, á costa de la sangre de hombres que le desprecian, dominar sobre pueblos que unánimemente le detestan.

No penseis, Españoles, que la Junta os habla así para excitar vuestro valor con expresiones artificiosas. ¿Qué necesidad hay de palabras, quando las cosas hablan por sí mismas con tan poderosa energía? Vuestras casas estan demolidas, vuestros templos deshechos, vuestros campos talados, vuestras familias ó errando dispersas por los campos ó precipitadas al sepulcro. ¿Habremos hecho tantos sacrificios, habrá la llama de la guerra devorado la mitad de España; para que vergonzosamente abandonemos la otra mitad á la paz mucho mas mortífera que los enemigos la preparan?

Porque no hay que lisonjearse con el aparato impostor de las mejoras que los Franceses propalan. El Tártaro que los manda ha decretado que España no tenga ni industria, ni comercio, ni colonias, ni poblacion, ni representacion política ninguna. Vasta y solitaria dehesa donde se crien ganados que surtan los talleres franceses de nuestras preciosas lanas; plantel de hombres para llevarlos al matadero; miseria, ruina, degradacion en todos los términos de la Península; tal es el destino que se quiere dar al pais mas favorecido del Cielo. Y aun quando llegase á tanto nuestra indiferencia que abandonásemos tan preciosos intereses, ¿podríamos consentir la destruccion total de la religion santa en que nacimos, y que en todos nuestros actos civiles y políticos hemos jurado mantener? ¿Abandonarémos por ventura el interés del cielo y la fe de nuestros padres á la irrision sacrílega de esos foragidos frenéticos; y la nacion española, conocida por su piedad acendrada en todo el mundo, desamparará el santuario, que siete siglos contínuos, y á costa de mil y mil combates defendieron nuestros mayores de la impía ferocidad de los Sarracenos? Si tal hiciésemos, las víctimas que han perecido en esta memorable contienda levantarian la cabeza y nos dirian: Pérfidos! Ingratos! ¿Será en vano nuestro sacrificio? ¿Malvarateis nuestra sangre?

No, bizarros Patriotas: descansad en paz, y que este temor amargo no perturbe el sosiego de vuestros sepulcros. Vosotros con vuestro glorioso exemplo nos enseñásteis nuestra obligacion primera, y estamos bien convencidos de que la paz á que debemos aspirar no está detrás, está delante

de nosotros. A fuerza de guerra y de combates; á fuerza de valor y osadía se ha de conseguir aquella tranquilidad, aquel sosiego de que esos alevosos nos despojaron. ¿Tememos acaso morir? Ya han muerto otros primero, y con su fin han sellado el grande juramento que todos hicimos. ¿Quién nos ha libertado de él? ¿Quién ha deshecho aquella alianza igual de gloria y de peligros á que todos nos sujetamos? Nuestra patria está devastada, nosotros insultados, y tratados como un rebaño que se compra, se vende, y se deguella quando se quiere; nuestro Rey.... Españoles, ¿quereis que en vuestros pechos hiervan el ardor y la energia que conducen á la victoria? Recordad el modo alevoso y vil con que ese abominable usurpador le arrancó de vuestras manos. Aliado se llamaba, protector suyo, su amigo; y al darle el beso de paz, sus abrazos son lazos de serpiente que encadenan la inocente víctima, y la arrebatan á la caberna del cautiverio. Semejante perfidia, desconocida en la civilizacion moderna y apénas usada entre bárbaros, estaba reservada en daño de nuestro Monarca. Allá está gimiendo en la soledad, devorando pesares, rodeado de satélites y espías el objeto idolatrado de vuestras esperanzas, aquel que destinásteis á la gloria del trono, para que os mandase inspirado de la beneficencia y la justicia. Védlo á todas horas volviendo los dolientes ojos á su patria, sola madre que el infeliz ha conocido en el mundo: oidle en su tribulacion implorar el valor de sus queridos Españoles, y demandarles ó libertad ó venganza. No hay paz, no puede haberla miéntras que las cosas así subsistan. Que España sea libre, fué el voto universal de entónces: que España sea libre

es el voto nacional de ahora: si al fin no lo consigue, quede hecha al ménos un inmenso desierto, un vasto sepulcro, donde amontonados los cadáveres franceses y españoles ostenten á los siglos venideros nuestra gloria y su escarmiento.

Mas no es la suerte tan enemiga de la virtud, que no dexe á sus defensores mas que este término funesto. Escrito está en el cielo, y la historia de los siglos lo manifiesta, que el pueblo que decididamente ama su libertad y su independencia acaba por conseguirlas á despecho de todas las artes y de toda la violencia de la tiranía. La victoria que tantas veces es un don de la fortuna, es tarde ó temprano la recompensa de la constancia. ¿Quién defendió á las pequeñas repúblicas de Grecia de la bárbara invasion de Xerxes? ¿Quién reconstruyó el Capitolio casi despedazado por los Galos? ¿Quién le salvó del fulminante brazo de Anibal? ¿Quién en tiempos mas cercanos escudó á los Suizos de la tiranía germánica, y dió la independencia á la Holanda á despecho del poder de nuestros abuelos? ¿Quién en fin es el que ahora ha inspirado al pueblo Tirolés esa resolucion heroica, con que rodeado por todas partes de enemigos, abandonado de sus protectores, y escuchando solo su horror á lo tiranos, ha sabido desgajar los peñascos y los árboles de las montañas, y deshacer con ellos los batallones del vencedor de Dancik? Sigamos impávidos su exemplo: la misma situacion es la nuestra, el mismo ardor nos anima, iguales esperanzas deben asistirnos. El Dios de los exércitos por quien lidiamos nos cubrirá con sus alas, y agradado del ademan firme y entero con que hemos arrostrado la adversidad, nos llevará

por entre los peligros y los precipicios al solio de la independencia.

Españoles: la Junta os hace este anuncio francamente, porque no quiere que ignoreis ni un momento el nuevo riesgo que amenaza á la Patria: os lo anuncia con la confianza de que en vez de desmayar, comos nuestros enemigos presumen, vais á cobrar nuevas fuerzas, y á haceros mas dignos de la causa que defendeis, y de la admiracion del universo: os lo anuncia, porque constituida en la sagrada obligacion de salvar el Estado, y segura de que el voto unánime de los Españoles es ser libres á toda costa, ningun medio por violento, ningun recurso por extraordinario, ningun auxîlio por privilegiado dexará de ponerse en movimiento para rechazar al enemigo. Lánzanse al mar los tesoros para aligerar los navíos en la tormenta y salvarlos del naufragio: los muebles mas preciosos, las ropas mas ricas se entregan á la voracidad de las llamas para pasar por encima de ellas, y escapar de los incendios. Así nos hallamos nosotros: arde el Estado, la Patria zozobra: fuerzas, riqueza, vida, saber, consejo, quanto tenemos es suyo; ¿y podriamos dudar un momento en ponerlo todo á sus plantas para la salvacion y la gloria? ¡Perezca el egoista vil que transige con su deber, y esconde lo que debe á sus hermanos para la defensa comun! ¡Perezca mil veces el perverso que abuse por interés particular suyo de este desprendimiento universal! El Estado los perseguirá como traidores, y donde no prenda la llama del entusiasmo, fuerza es que haga prodigios la guadaña del terror. ¿Pues qué? Nuestro enemigo no omite medio ninguno para destruirnos, ¿y nosotros respetariamos algu-

no para defendernos? Hay provincias que han sabido arrojar á los enemigos de su seno; y las que han tenido la fortuna de no haber sufrido semejante azote, no lo aventurarán todo para exîmirse de él? Nuestros valientes soldados á la inclemencia del cielo, sufriendo el rigor del invierno, los ardores del estío; y careciendo hasta de lo mas necesario para la vida, habran ya sostenido dos campañas arrostrando los peligros y la muerte en cien batallas que han dado, se prepararán á dar otras sin intimidarse, ni por el número, ni por la pericia, ni por la fortuna de nuestros enemigos; ¿y nosotros quietos en nuestros hogares, nosotros que debemos á su consagracion heroica y á sus imponderables fatigas nuestra seguridad y defensa; nosotros aspirarémos á guardar nuestras riquezas, á no disminuir ni el menor de nuestros regalos?

Nuestra es la victoria, nuestra, si sabemos poner en la continuacion y conclusion de esta empresa aquel entusiasmo sublime con que la empezamos. De los esfuerzos de todos, de los sacrificios de todos se debe componer esta masa colosal de fuerza y resistencia que hemos de oponer al embate de nuestro enemigo. ¿Qué importa en tal caso que él precipite de nuevo sobre nosotros las legiones que le sobran en Alemania, ó el enxambre de conscriptos que trata de arrancar ahora á la Francia? Con ochenta mil hombres ménos comenzamos la guerra: con doscientos mil mas la empezó él. Que los reponga si puede, que los envie ó los traiga á esta region de muerte, tan funesta á los opresores como á los oprimidos. Nosotros añadiendo á la experiencia de dos campañas las fuerzas de la desesperacion y de la rabia, da-

rémos á esas falanges de vandidos el destino que han tenido las primeras, y los terrones abonados con su sangre nos pagarán con usura los frutos que nos han talado.

Si los Monarcas del Norte, olvidados de lo que son y de lo que pueden, consienten en quedar siervos del nuevo Tamerlán; si á costa de largos siglos de infamia compran el sosiego de un momento hasta que les llegue el turno de ser devorados tambien ¿Qué nos importa á nosotros, que somos un pueblo grande, y estamos resueltos á perecer ó triunfar? ¿Por ventura quando alzamos veinte meses ha el brazo contra la tiranía, les fuimos á pedir su consentimiento á ellos? ¿No entramos en la lucha solos? ¿No hemos sostenido una campaña solos? Negóse á creerlo la Europa quando lo oyó; quando lo vió lo juzgó una llamarada efímera y temeraria; y al considerar ahora los efectos de nuestra constancia y nuestra magnanimidad en medio de los reveses que nos han atribulado, lo considera como un fenómeno prodigioso en la série de los acontecimientos políticos. Síganos contemplando con admiracion como debe, ó si quiere con terror. Ninguno de los apoyos esenciales á nuestra defensa nos falta. Cada dia se estrecha mas nuestro enlace con la América, á cuyos auxîlios tan oportunos como generosos, debe tanto la Metrópoli, y en cuya lealtad y zelo está cifrada una gran parte de nuestras esperanzas. Dura y durará la alianza que hemos pactado con la nacion Británica; que prodigando por nosotros su sangre y sus tesoros; se hizo acreedora á nuestra gratitud y al reconocimiento de los siglos. Hallen pues cabida las maquinaciones de la in-

triga, ó las sugestiones del miedo en Gobiernos débiles ó en Gabinetes estragados: ajústense en buen hora una pazes ilusorias para el que las dá, vergonzosas para el que las recibe: desamparen en buen hora esos grandes Potentados la causa pública de las naciones civilizadas; y abandonen inhumanamente á sus aliados. El pueblo, el pueblo Español se mantendrá solo en pie en medio de las ruinas del continente européo. Aquí es donde se desenvaynó, para no esconderse nunca, la espada del rencor contra el exêcrable tirano: aquí es donde está alzado para no abatirse jamas el estandarte de la independencia y de la justicia. Acudid todos á él, quantos en Europa quereis vivir exêntos de tan abominable yugo. Los que no podeis hacer pacto con la iniquidad, y os indignais de la desercion mortífera y cobarde de esos Príncipes ilusos, venid entre nosotros: aqui el valiente tendrá ocasiones de adquirir verdadera honra; el sábio y el virtuoso tendran respetos, los afligidos asilo. Una es nuestra causa; uno sea el peligro, una la recompensa. Venid, y á despecho de todas las artes, y de todo el poder de este Déspota inhumano, vereis como contrastamos su estrella, y sabemos hacernos nuestro destino. Real Alcázar de Sevilla 21 de Noviembre de 1809.

EL ARZOBISPO DE LAODICEA, *Presidente.*

PEDRO DE RIVERO, *Vocal Secretario general.*